



La Veleta



Domingo, 29 de marzo de 2020
Editado por Zoróndoba de Arte y Literatura

Gacetilla de errática aparición y orientación dudosa
Avisos, anuncios, noticias y chismes varios
Número CCIII

laveleta@zorondoba.com
Director: Sancho Viñetas

Perdemos otra guerra

Sócrates Lapidario

A fuerza de machacarnos a diario con un lenguaje deliberadamente bélico, casi todos hemos admitido ya que estamos en guerra. Una guerra, se nos dice, diferente de las demás, pues, aunque produce sufrimiento y víctimas mortales, como todas las guerras, y provocará escaseces y penurias, el enemigo en esta ocasión es literalmente inhumano, totalmente imprevisible, desconocido en gran medida y, hasta donde sabemos, universal. Contra él no valen las armas convencionales, tan generosamente utilizadas en los infinitos conflictos que la humanidad ha padecido y padece, y, salvo en los EEUU, donde ha crecido significativamente su comercio, porque allí cualquier problema lo terminan resolviendo siempre a tiros y a guantazos, los ciudadanos de casi todos los demás países, acojonados por las cifras que se les ofrecen en el desayuno, se han recluso en sus casas, casi voluntariamente, a esperar a que los científicos, médicos y el resto de entregados profesionales sanitarios lidien con el maldito virus.

Por su parte, los gobernantes occidentales, convencidos sólo por la fuerza de los hechos de que el mal, originariamente remoto, se expandía como una mancha de aceite y comenzaba a extenderse también por sus impolutos estados, se fueron incorporando poco a poco a las estrategias establecidas por los chinos para plantarle cara al insidioso enemigo, y ahora nos encontramos todos en un desconcertante y hasta paradójico momento: la pandemia se ceba con los países que se mostraron en principio renuentes a adoptar drásticas medidas, mientras parece haberse olvidado ya del punto de donde partió. Y, lo que resulta aún más llamativo, a los que les ha caído la maldición, se hallan inermes, más allá de la buena voluntad de los profesionales de sus recortados sistemas sanitarios, pues carecen de elementales equipos de profilaxis, de test para diagnosticar a los afectados o de suficientes artilugios para el tratamiento de crisis respiratorias. El

decretado confinamiento para evitar contagios, una medida preventiva que tendrá sin duda efectos beneficiosos para el próximo futuro, no ha impedido que la pandemia haya seguido extendiéndose y cebándose precisamente allí donde es imposible mantener el distanciamiento social requerido: residencias de ancianos y centros hospitalarios.



Desde el sofá de nuestras casas, asistimos compungidos al relato del terrible momento que nos ha tocado vivir, y en el parte de guerra diario se nos informa cumplidamente del número de bajas mortales, de enfermos, de hospitalizados, de curvas, de estadísticas y de proyecciones, lo que nos deja en un estado cada vez más descorazonador y desesperante.

Ya en sus primeras comparecencias, nuestro Pedro Sánchez, al mismo tiempo que nos informaba de las restrictivas medidas adoptadas, propias de un estado de guerra, nos tranquilizaba diciendo que no se escatimarían recursos para que los ciudadanos pudieran sobrellevar el confinamiento con entereza y que se encontrarán, tras su finalización, en condiciones aceptables para reconstruir su

modo de vida, ahora forzosamente interrumpido. Parecía un consuelo pertinente, porque todos entendimos que aquellos recursos anunciados serían detraídos de los cuévanos donde se encuentran, es decir, de la banca y de grandes corporaciones que los acaparan a manos llenas. En la guerra, como en la guerra, pensamos, y permanecemos atentos por ver cuáles eran las empresas estratégicas militarizadas, las industrias intervenidas, los hospitales y clínicas privadas nacionalizados o los bienes y fortunas incautados en beneficio de la causa común, esto es, la derrota del odioso enemigo que nos amenazaba. A los ciudadanos de a pie se nos privaría de libertad de movimientos, y el capital, igualmente preocupado por esta guerra sin cuartel, se vería obligado a entregar una parte de las muchas rentas acumuladas durante años, ese largo período en que el estado protegió con ahínco sus intereses y lo dejó crecer y engordar hasta alcanzar su horroroso aspecto actual.

Craso error; el nuestro, digo, pues no caímos en la cuenta de que el lenguaje bélico, las advertencias y los sacrificios que se nos pedían iban más allá de la mera lucha contra el Covid-19. La guerra, como todas las guerras, era comercial, económica, de poder. Y para

demostrarlo, ahí tenemos a todos los gobiernos de todos los países compitiendo por ver quién se hace en el mercado internacional con los mejores lotes de productos específicos contra el virus o para ver quién llega primero a la vacuna y se forra con la patente. Parece ser que aquí, en España, tenemos mucha suerte. Los empresarios notables y obscenamente ricos harán donaciones cuantiosas para mitigar los efectos de la pandemia. La guerra, como siempre, la perderán (la perderemos) los de siempre. Y en esta ocasión duele mucho, porque, para confundirnos, han disfrazado al enemigo de amenaza sanitaria y las víctimas son mayoritariamente nuestros abuelos, a quienes ya no habrá que pagar pensión, por cierto.